

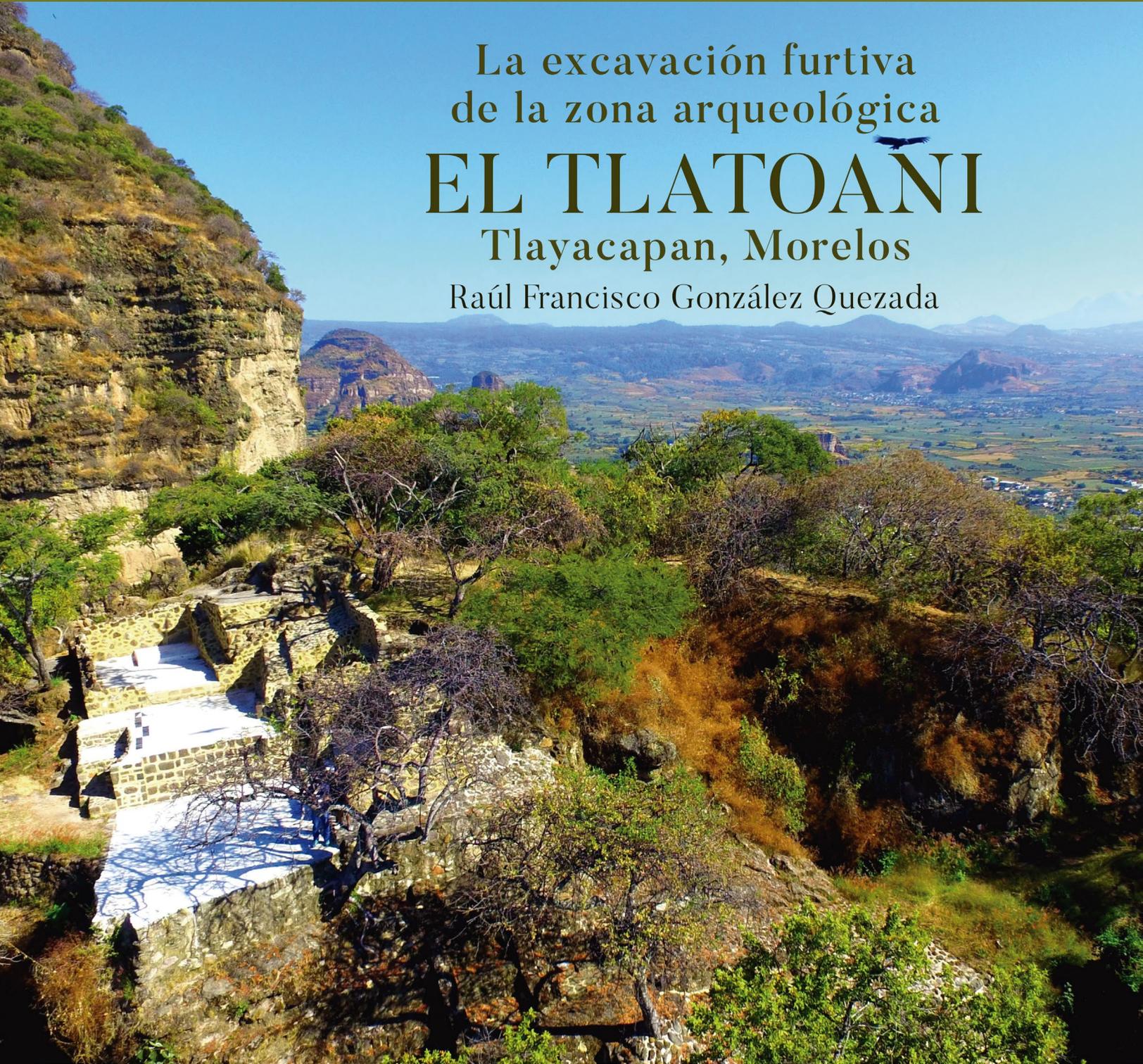
1078

SUPLEMENTO CULTURAL

# el tlacuache

CENTRO  INAH MORELOS

Viernes 12 de mayo, 2023



La excavación furtiva  
de la zona arqueológica  
**EL TLATOANI**  
Tlayacapan, Morelos

Raúl Francisco González Quezada

La práctica científica arqueológica depende no solamente de su dinámica académica y sus retos como ciencia social, también se ve claramente cualificada, por la dimensión política y económica de los estados-nacionales en que funciona.

El interés sobre *lo histórico* es un fenómeno humano que ha logrado consolidar diversas ciencias, algunas de ellas, entre ellas a la Arqueología, consolidada durante el siglo XIX.

La arqueología derivó de campos prácticos de saber precedentes como el anticuarismo y el coleccionismo. La Arqueología como ciencia moderna tiene pretensiones interpretativas y explicativas sobre los procesos sociales del pasado, pero no escapa a los intereses de la reproducción del capital, elemento crucial en esta formación social en que vivimos.

Así planteado, el interés científico sobre *lo arqueológico* se ve atravesado por las relaciones económicas y también por las políticas. Respecto al ámbito político, depende en mucho, del particular tipo de ejercicio delegado del poder que exista en cada caso estado-nacional donde la Arqueología se practica. La política es una relación en que la *potentia* de una comunidad ha sido delegada institucionalmente a un grupo que la ejerce como potestas (Dussel 2006:27 y ss.), entonces, si el interés por *lo arqueológico* está atravesado por las relaciones políticas, su configuración final es el efecto de la forma en que se ejerza esta representación política en su aspecto más general.

Cerro El Tlatoani, visto desde la sección agrícola baja, en la cima se localiza la Zona Arqueológica El Tlatoani. (Foto Fondo PICZAT 2012).



Consideremos el caso de aquellos estados-nacionales orientados al totalitarismo en donde la investigación de *lo histórico*, incluyendo *lo arqueológico* se toman decisiones de grupo o incluso unipersonales para elegir los espacios y contextos arqueológicos relevantes a investigar, sin participación de los grupos subalternos en la toma de decisión. En este tipo de representación política incluso se determina aquellos temas que serán proscritos por no convenir a los intereses políticos y simbólicos del grupo hegemónico que ejerce su poder político de manera despótica. Se trataría de una versión orwelliana donde aquellos que controlan el presente, controlan el pasado, pero en este caso, de manera totalitaria.

Por otro lado, en los estados-nacionales con pretensiones democráticas existiría una propensión a investigar *lo histórico* y *lo arqueológico* como efecto de la participación con los distintos grupos sociales que se ven implicados, en un orden de representación abierta y lo más simétrica posible de los actores vinculados con esta dimensión de la realidad.

Páginas 3 y 4. Aspecto general del cerro El Tlatoani a la izquierda en la imagen y en primer plano, se observan las múltiples terrazas y en la cima se localiza el templo excavado inicialmente en el año 2007 por agentes de la comunidad (Fondo fotográfico PICZAT 2012).

Consideremos además, que *lo arqueológico* es altamente complejo y también vasto en magnitud, e implica a la totalidad de los efectos de sociedades que orgánicamente han desaparecido, pero que una parte de sus efectos materiales aún existen. Por ello, no todo lo arqueológico se convierte finalmente en herencia reconocida, investigada, conservada y difundida a través de la cuenta pública, solamente una pequeña parte. Y esto es así, porque no resulta factible investigar la totalidad de *lo arqueológico*.

Así que lo que se investiga es el efecto de lo que las relaciones políticas académicas e institucionales dentro de cada estado-nacional han resuelto como necesario, y, además, de lo que las condiciones de las relaciones económicas permiten.

Las zonas arqueológicas que son investigadas, restauradas, conservadas y abiertas a la visita pública pueden ser actos totalitarios de imposición de discursos y narrativas ligadas al poder, o pueden por el otro lado, constituirse como actos pedagógicos críticos que sitúan al sujeto en la historia.

En el estado de Morelos existen en la actualidad zonas arqueológicas con visita pública, como Chalcatzingo, Las Pilas, Teopanzolco, Tepozteco, Yautepec, Xochicalco, Coatetelco, y Olintepepec. Se trata de un conjunto de zonas arqueológicas donde se vincularon hechos por un lado históricamente circunstanciales y por el otro lado, se logró la factibilidad técnica, política, económica y comunitaria que permitió investigarlas, restaurarlas y exhibirlas.

Algunas zonas como Xochicalco y Tepoztlán son efecto de procesos de investigación, restauración y apertura durante el régimen político del porfiriato (Schávelzon 1984) y los actos que pretendieron abrirlas a la visita pública, deben ser leídos en ese contexto histórico.

Las motivaciones políticas y simbólicas estuvieron modeladas en mucho por el impacto de elementos arquitectónicos como la pirámide de las Serpientes Emplumadas de Xochicalco y la pirámide del Tepozteco, que fueron por siglos un referente importante para las comunidades locales y, de esta manera, por medio de la gestión política se inclinó el interés para intervenir estas dos zonas que fortalecieron los signos de la grandeza pretérita de la identidad mexicana.

La representación política de cada estado-nacional decide, dependiendo de sus calidades económicas y políticas, hasta dónde establece control sobre su herencia arqueológica. En México existe una gran pretensión de control sobre esta herencia arqueológica a nivel legal y también en alguna medida, a nivel operativo, al grado que las capacidades de nuestro estado-nacional permiten, y gran parte de los avances en la investigación y conservación arqueológica se realizan usando riqueza que fue generada socialmente.



Una situación problemática importante respecto a la herencia arqueológica, es la convivencia de los intereses comunitarios sobre *lo arqueológico* local, y lo que las instituciones políticamente delegadas para atender tales casos, pretenden como relevante o incluso, como factible de investigar y conservar. Esto es, qué quieren las comunidades que se investigue y se difunda, y qué decide hacer la institución a cargo de estas acciones.

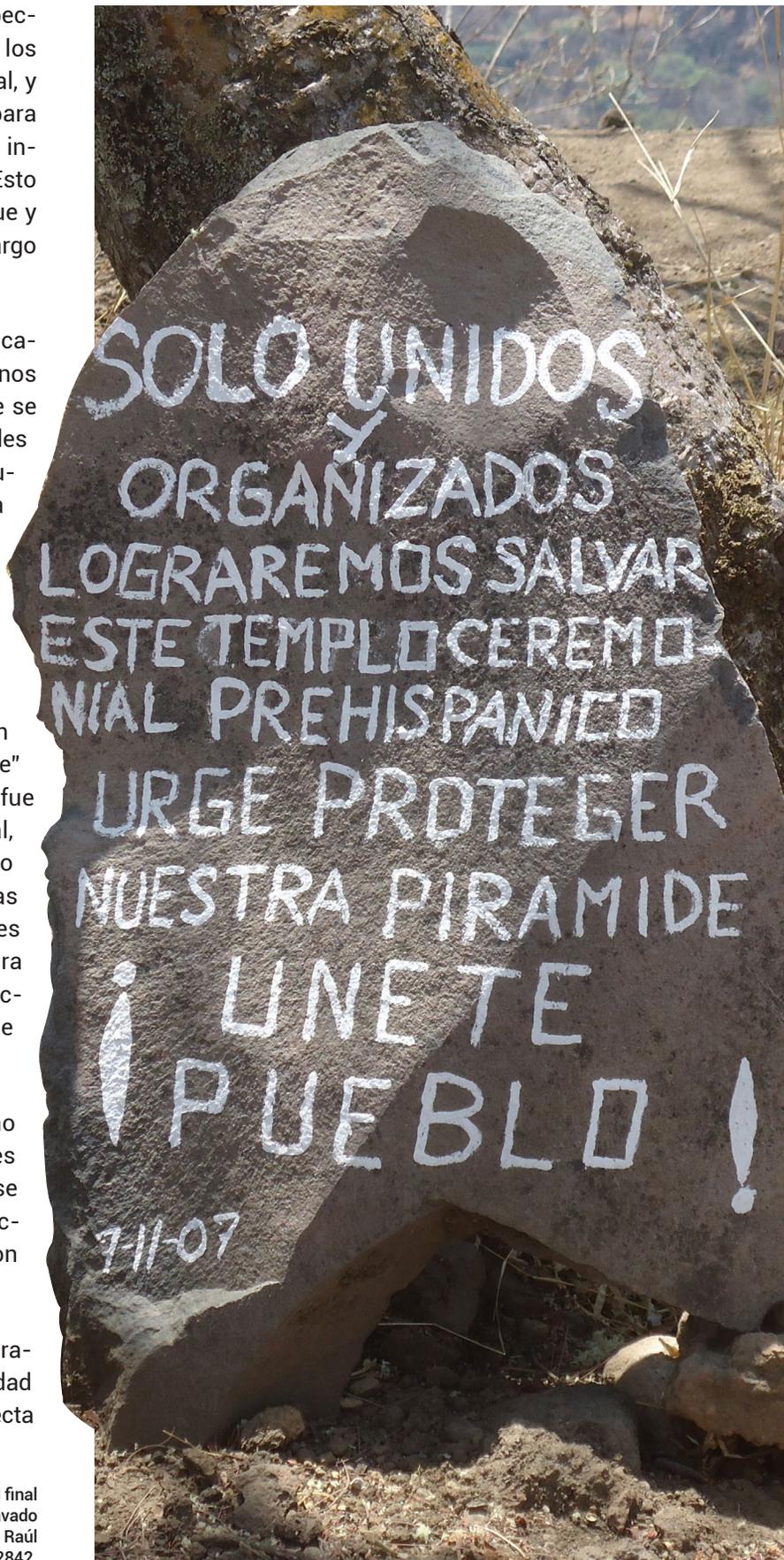
En el año 2007 en la comunidad de Tlayacapan, la representación política local y algunos vecinos entusiastas por el pasado local consideraron que se había esperado demasiado tiempo a las autoridades dedicadas a la investigación, conservación y difusión del patrimonio arqueológico para atender la zona arqueológica localizada en la cima del cerro El Tlatoani. Ellos sabían sobre la existencia de una "pirámide" y decidieron excavarla por cuenta propia, de manera furtiva, dado que no fue con la anuencia y acompañamiento del INAH.

Lo cierto es que las acciones realizadas en la cima del cerro, no solamente en la "pirámide" de la cima, sino en la sección de las terrazas, fue concertada y altamente organizada a nivel local, fundamentalmente durante el trienio entre el año 2006 y el 2009. Grupos locales realizaron faenas intensivas, para abatir maleza, troncos de árboles caídos, recuperar "tecorrales", y finalmente para excavar en la sección alta del cerro, donde impactaron la estructura arquitectónica de un templo de origen previo a la invasión española.

Las afectaciones resultaron graves pues no sólo se extrajo una cantidad incierta de materiales arqueológicos sin técnica de registro, sino que se expuso a la intemperie un gran espacio arquitectónico, al cual cubrieron de manera temporal con materiales precederos.

Está claro que la zona arqueológica era claramente conocida desde hacía siglos por la comunidad en vecindad, debido a una relación histórico directa con los habitantes de la localidad.

Laja de esquisto, que se utilizó para pintar una leyenda al final de los trabajos realizados por la comunidad al haber excavado la estructura piramidal en la cima de manera furtiva (foto Raúl Francisco González Quezada 2011)No. Inventario 2842.



El espacio había sido patrimonializado en la comunidad al grado que conservaría este nombre de El Tlatoani, que en náhuatl significa "el que habla", en alusión al que gobierna. Tenemos noticia incluso de que al menos desde 1998 siendo presidente municipal Elpidio Pochotitla Contreras se comenzó a designar a vecinos de la localidad a cargo de la vigilancia de la zona arqueológica, para evitar saqueos. Este personal recibía reconocimiento, era nombrado y se les asignaba identificación oficial para sus funciones.

La primera noticia académica que tenemos registrada sobre la zona arqueológica describe el sitio haciendo hincapié en el acceso por pasillos escalonados que conducen a la cima, menciona la arquitectura petrograbada, la presencia de terrazas, y la existencia de algunos montículos relacionados con la cabecera del pueblo para aquella época.

Prácticamente sin sustento histórico en aquel escrito, se aclara que "El cacique de Oaxtepec, viéndose abandonado, o seducido también por el oro, se trasladó al nuevo pueblo y fijó su residencia en una fortaleza que edificó en la alta cima del cerro Tlatoanitzintepec (cerro del señor amo). Todavía hoy se observan desde la base del cerro unos grandes escalones de piedra que van a terminar a un portezuelo de la serranía." (Robelo 1885:102). Se refiere claramente a la Zona Arqueológica El Tlatoani, y llama la atención el nombre que Cecilio Robelo registra sobre este cerro, al cual designa como el Cerro del Reverenciado Tlatoani.

Imagen donde se observa un primer acto de saqueo que dejó expuesto el muro interior del habitáculo este del patio hundido en la sección de templo en lo que más tarde denominaríamos Conjunto Central Arquitectónico en la cima del cerro El Tlatoani (Foto de Guilebaldo Banderas 2007)



Los vecinos nos hicieron saber que en aquel año de 2007 y en adelante mucha gente había subido a “rascarle al cerro”. En las investigaciones pudimos entrevistar a varios actores que además, habían considerado relevante mantener un registro fotográfico de sus actividades en el cerro. Conseguimos los acervos fotográficos que nos cedieron Abraham Alarcón Carmona, Guilebaldo Banderas, y Jesús Olmos Torres, se trata de actores relevantes no solo en el proceso de excavación del sitio sino también de los diferentes proyectos que en la zona arqueológica se han emprendido.

El argumento final para subir y excavar el sitio por cuenta de los vecinos de la localidad derivó según palabras de los pobladores, de que se percataron de un saqueo que dejó expuesto un par de muros, por lo que decidieron primero hacer un cerco para evitar que la gente se interesara en profundizar más la excavación, y posteriormente ellos realizaron inicialmente durante el año 2007, las excavaciones que descubrirían la fachada sur del templo en la cima de El Tlatoani.

El sitio ya había sido registrado por el INAH desde el año de 1987, por el equipo del Arqueólogo Enrique Nalda, y derivado de las intervenciones por los pobladores en el año 2007 se realizó un peritaje de inspección y una valoración de la afectación por parte del arqueólogo Mario Córdova Tello del INAH Morelos. En 2008 el INAH entra en comunicación con las autoridades locales y con la CONANP, por lo que se colocan un par de letreros informativos donde se indica que se trata de un área con “patrimonio mixto”, por un lado, está al interior de la Zona Núcleo del Corredor Biológico Chichinautzin, y por el otro está protegido por la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas de 1972.

Lo que sabemos de la secuencia de hechos que se llevaron a cabo en la excavación furtiva del templo es que alrededor durante el año de 2007 se logró realizar una primera excavación en forma de trinchera irregular con orientación este-oeste, que dejó expuestas las escalinatas del templo principal, logrando mostrar parte la última etapa constructiva de este templo.

Proceso de excavación furtiva en la sección oeste de la estructura piramidal de la cima del cerro El Tlatoani (Foto Abraham Carmona, 2007).





Cala irregular que dejó expuesta la fachada principal del templo en la cima del cerro El Tlatoani, se puede observar la cubierta de plástico que le fue colocada para cubrirla de las lluvias (Foto Guilebaldo Banderas, 2007).





Proceso de excavación furtiva en la sección oeste de la estructura piramidal de la cima del cerro El Tlatoani (Foto Abraham Carmona, 2007).

Es muy probable que la tierra que fue extraída se colocara en las inmediaciones, donde se terminaron construyendo al menos dos pequeñas plataformas oblongas que desfiguraron la apariencia que la cima habría tenido, la cual desapareció para siempre.

Las escalinatas fueron protegidas con un gran plástico y unos maderos de soporte, muy probablemente para resguardarlos de las lluvias de ese año que se avecinaban.

En junio de ese año, las autoridades locales lograron vincular a un destacamento militar para apoyar en las labores de limpieza, "composición" de tecorrales y muy probablemente en la consecución de la excavación en la sección alta del cerro. Esta práctica se continuaría a todo lo largo de la gestión política local a cargo del Ing. Cornelio Santamaría Pedraza, fundamental promotor de las actividades más invasivas en la zona arqueológica que terminaron por excavar grandes volúmenes durante el año 2009.

En el año de 2008 se pudieron registrar las pocas piezas completas y semicompletas que se recuperaron de las excavaciones clandestinas que realizaron los agentes locales. Entre ellas se lograron identificar un par de pequeñas esculturas antropomorfas, un clavo arquitectónico con forma de flor de cuatro pétalos, un remate de alguna almena que quizá representa la lengua de una serpiente, y un fragmento de escultura que parece contener la representación del numeral 8 en una tradición cercana a la presente durante el período Epiclásico de la región, esto es, entre el año 600 al 900 de nuestra era.

Las piezas fueron recuperadas por el INAH Morelos, pero desafortunadamente la totalidad de los fragmentos cerámicos, líticos, figurillas, malacates, y otros cientos de artefactos que obligatoriamente fueron extraídos del lugar, no se recuperaron, quizá los seleccionaron y se tomó la decisión de no entregar, o quizá no fueron recolectados y se fueron junto con el resto de la tierra que fue extraída.

Hasta ese momento las afectaciones quedaron registradas en al menos un artículo científico (Canto 2012:596-597), pero las actividades continuaron sin que el área de arqueología del INAH pudiera intervenir de manera adecuada. Los agentes locales retomaron las excavaciones en el año 2009 y liberaron la totalidad del patio hundido al sur, frente a la estructura piramidal principal, de la cual ya se habían identificado sus escalinatas principales.



Piezas que recuperaron los agentes locales que excavaron furtivamente el templo en la cima del cerro El Tlatoani, son las únicas que consideraron relevantes y que se salvaron de la destrucción, fueron entregadas al INAH Morelos (Foto Guilebaldo Banderas, 2008).







Páginas 11 y 12. Avance en los procesos de excavación furtiva, eliminando capas arqueológicas sin registro adecuado y sin recuperación de materiales (Foto Guilebaldo Banderas, 2009).

Finalmente lograron colocar una cubierta de madera y láminas de cartón con asfalto para proteger la estructura de la lluvia. La cual falló al paso de un par de años y comenzó a filtrar agua y a destruir aplanados no consolidados de los escalones y de los pisos originales.



Cubierta de la estructura excavada furtivamente en la cima del cerro El Tlatoani en Tlayacapan (Foto Guilebaldo Banderas, 2009).



Aspecto de una reunión del alcalde en funciones en ese momento frente a un contingente militar que eventualmente habría trabajado en procesos de limpieza y "reparación" de tecorrales en la sección de terrazas del sitio (Foto Guilebaldo Banderas, 2009)



Aspecto final de las excavaciones furtivas en la fachada sur del templo en la cima del cerro El Tatoani en Tlayacapan (Foto Guilebaldo Banderas, 2009).

A partir del año 2011, comenzamos un proceso de comunicación desde la dirección del INAH Morelos y el Área de Arqueología, con algunos de los actores locales, entre los que se encontraban personas entusiastas de la historia, algunas vinculadas al cabildo vigente en ese entonces, incluyendo al presidente municipal, algunos que incluso estuvieron involucrados en lo que había sucedido en la excavación del sitio.

Entre todos los actores locales destacaba por su capacidad de decisión sobre el espacio donde se encuentra la zona arqueológica, el Comisariado de Bienes Comunales de Tlayacapan, ya que ellos recientemente habían recibido reconocimiento jurídico de propiedad comunal sobre la serranía de Tlayacapan, incluyendo toda la zona de El Tlatoani. Tras la realización de Asamblea en segunda vuelta, se logró firmar el primer Convenio de Colaboración entre el INAH Morelos y los más de 200 comuneros para poder comenzar los trabajos de investigación en la zona arqueológica, apoyados financieramente por la Dirección del INAH. Con este proceso logramos legitimidad frente a este grupo de vecinos de la localidad, con los cuales hemos trabajado de manera constante durante todos estos años hasta el presente.

Finalmente, en el año 2012 se logró consolidar el Proyecto de Investigación y Conservación de la Zona Arqueológica El Tlatoani, Tlayacapan, Morelos, al cual se le ha dado continuidad ininterrumpida hasta la fecha. En estos años de investigación hemos podido resolver una serie importante de cuestiones académicas y de conservación sobre el patrimonio arqueológico de Tlayacapan. Sabemos que la zona arqueológica de El Tlatoani, es solamente una porción menor ubicada en la cima de la Peña del mismo nombre, pero el mayor asentamiento humano se localiza en la sección baja de la sierra, coincidiendo actualmente con el área de producción agrícola local.

Votación para firmar acuerdo de colaboración con los miembros del Comisariado de Bienes Comunales de Tlayacapan en Asambleas de Segunda Vuelta (Foto Raúl Francisco González Quezada 2011).

El mayor momento de ocupación del cerro El Tlatoani, fue durante el Posclásico Temprano, entre el año 900 y el 1200 de nuestra era, durante la época del florecimiento de Tula Grande en el estado actual de Hidalgo.

Y sabemos que el templo en la cima tenía como actividades importantes desde el período Clásico Tardío, un culto a la deidad del agua, a Tláloc.

La zona arqueológica El Tlatoani, es un ejemplo en la cronología regional, de un momento en el desarrollo histórico de las sociedades morelenses que no está representado en ningún otro sitio con visita pública, es el único sitio con una clara ocupación durante el Posclásico Temprano, durante la fase tolteca de América Media. Su apertura y prolongación de momentos de investigación, abonaría mucho en la dilucidación de procesos sociales pretéritos de un momento no analizado de manera amplia en la investigación arqueológica regional.





La Zona Arqueológica cuenta con una visita pública *de facto*, pero que no recibe recursos sistemáticos para su funcionamiento, ni ha quedado formalmente bajo la custodia del INAH aún. La causa de su investigación se encuentra en la solución de esas relaciones entre las pretensiones comunitarias frente a su herencia arqueológica, y la representación político-institucional a través del Instituto Nacional de Antropología e Historia. Como pocos proyectos en el país su consecución ha sido resultado de la construcción de la legitimidad del diálogo y el ejercicio democrático entre las partes involucradas.

Páginas 16 y 17. Aspecto actual del templo en la cima de la Peña El Tlatoani después de su excavación y consolidación (Foto Raúl Francisco González Quezada 2018)

El daño causado por la excavación furtiva de la zona arqueológica es irremediable, pero la investigación ha compensado, sin sustituir lo perdido, con un proyecto de investigación programático que sigue estructurando interpretaciones y explicaciones sobre muchos procesos sociales del pasado local de Tlayacapan, en la construcción del entendimiento de dinámicas regionales que serán de utilidad para la investigación futura en el estado de Morelos y la región toda.



## Bibliografía

Canto, Giselle

2012 El patrimonio arqueológico de Morelos. En *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur, Tomo IX. Patrimonio cultural de Morelos*. Marcela Tostado Gutiérrez (coordinadora). Pp. 541-599. Congreso del Estado de Morelos-LI Legislatura, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Ayuntamiento de Cuernavaca e Instituto de Cultura de Morelos, México.

Dussel, Enrique

2006 *20 Tesis de Política*. Siglo XXI Editores, México.

Robelo, Cecilio

1885 *Revistas descriptivas del Estado de Morelos, por el Lic. Cecilio A. Robelo de la Sociedad de Geografía y Estadística*. Imprenta del Gobierno de Morelos, Imprenta del Gobierno de Morelos, CUERNAVACA.

Schávelzon, Daniel

1984 *La conservación del patrimonio cultural en América Latina: restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica (1750-1980)*. Universidad de Barcelona, Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas “Mario J. Buschiazso”, Paul Getty Foundation, Barcelona.

Coordinador editorial:  
**Raúl Francisco González Quezada**

Nuestras redes sociales:



/Centro INAH Morelos

SUPLEMENTO CULTURAL  
**el tlacuache**  
CENTRO  INAH MORELOS

**Órgano de difusión de la  
comunidad del INAH Morelos**

**Consejo Editorial**

Erick Alvarado Tenorio

Giselle Canto Aguilar

Eduardo Corona Martínez

Raúl Francisco González Quezada

Mitzi de Lara Duarte

Luis Miguel Morayta Mendoza

Tania Alejandra Ramírez Rocha

*El contenido es responsabilidad  
de sus autores.*

Karina Morales Loza

Coordinación de difusión

Emilio Baruch Quiroz Tellez

Formación y diseño

Apoyo operativo y tecnológico

**Centro de Información  
y Documentación (CID)**

Sugerencias y comentarios:

**[difusion.mor@inah.gob.mx](mailto:difusion.mor@inah.gob.mx)**

Crédito portada:

Vista aérea de la Zona Arqueológica El Tlatoani, se advierte el templo en la cima tras haber sido investigado, restaurado y consolidado para la visita pública, se trata del mismo que la comunidad excavó parcialmente de manera furtiva entre 2007 y 2009 (Fondo PICZAT 2021).

Crédito contraportada:

Vista hacia el Popocatepetl desde la cima del cerro El Tlatoani (Fondo PICZAT 2015).

**Centro INAH Morelos**

Mariano Matamoros 14,

Acapantzingo, Cuernavaca,

Morelos.

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA

